

Ruinas desmoronadas de la vida íntima

La soledad se ha plasmado con frecuencia en las formas en que el ser humano se relaciona emocionalmente con el espacio: en la nostalgia de otra tierra, en el desarraigo con que habitamos lugares hostiles que nos hacen sentir extraños, o en el desamparo y el miedo de quien ha de buscar cobijo en un rincón de la propia casa para preservar su intimidad, su autoestima, su integridad física, incluso, cuando se ven amenazadas en ese entorno hogareño del matrimonio y la familia, donde tan difícil puede ser esconderse.

Formas de estar lejos, la segunda novela de Edurne Portela (Santurce, Vizcaya, 1974), habla de estas soledades y de vidas que llegan a vivirse con miedo, expuestas a la violencia y los abusos de poder que se ceban en desigualdades instituidas con el aplauso, la indiferencia o el silencio cómplice de quienes callan para no perder privilegios o el reconocimiento social como seres *normalizados*. Sin duda estamos ante una novela comprometida que invita a la reflexión ética –que no moralista– sobre nuestra connivencia con el poder y, a la vez, sobre las condiciones que nos hacen vulnerables –a muchas mujeres, al menos– a situaciones de sometimiento. No son temas ajenos al universo moral de la escritora que, en su faceta de investigadora universitaria, ya dedicó varios

trabajos al estudio de las representaciones de la violencia en la cultura española e hispanoamericana contemporánea (así, *Displaced Memories: The Poetics of Trauma in Argentine Women Writers*, 2009) y que se dio a conocer a un público más amplio –ganando pronta credibilidad intelectual– con la publicación del ensayo *El eco de los disparos. Cultura y memoria de la violencia* (2017), sobre las secuelas (y responsabilidades) de la violencia en Euzkadi. Evitar el olvido de la legitimación social de la violencia, enunciar lo innombrable mediante la práctica de una literatura que «ayude a imaginar la extensión del dolor» es la vía que sigue Edurne Portela en su primera novela, *Mejor la ausencia* (2017), donde el aliento autobiográfico cristaliza en la voz narradora de una niña que va creciendo en los años 80 y 90 a la vez que avanza su relato y la dolorosa comprensión de las heridas que dejan en su propia familia el fanatismo y las armas de ETA y de los GAL pero también los malos tratos, los estragos de la heroína, el alcoholismo; la necesidad, en fin, de huir de la propia tierra.

El deseo de distanciarse de ese entorno enrarecido y hostil guía en cierto modo los pasos de la protagonista de *Formas de estar lejos* (2019), novela que transcurre en dos ciudades imaginarias de Estados Unidos, Southville y Northville, en las que se hace y deshace la relación que man-

tienen durante catorce años Alicia y Matty. Ella es una joven vasca que, al concluir sus estudios en Salamanca y sin intención de instalarse en la tierra familiar que «la asfixia» (aunque la eche de menos), se desplaza a una universidad del sur de Estados Unidos para cursar un doctorado en literatura, iniciando la que va a ser una exitosa carrera académica. Matty es «un chico muy atractivo», nieto de inmigrantes polacos, que trabaja como asesor financiero y se siente plenamente integrado entre los blancos prósperos de clase media. La rapidez con que él se instala en el apartamento y en la vida de Alicia, y propone la compra de su primera casa, mezclando lazos sentimentales y económicos, se aviene con la mentalidad tradicional y controladora de esta figura masculina. Alicia secunda sus planes, con algunas dudas, porque ha elegido su compañía como salida a la soledad. Ella está en una situación mucho más vulnerable: *lejos* de sus anclajes familiares, con un dominio deficiente, al principio, del inglés y como *extranjera* en tierras del sur estadounidense, donde no faltan quienes miran su tez morena con el desprecio racial dedicado a los hispanos. Pero la novela apunta sutilmente la existencia de otras causas de esa vulnerabilidad que la *sujeta* a Matty, como consecuencia de una educación sentimental que insta al sometimiento de la voluntad y autonomía femeninas para no perder al hombre amado, erigido en la *autoridad* que pone los límites y en la vara de medir la propia valía.

Uno de los aspectos más interesantes de *Formas de estar lejos* es que ni

la historia de esta relación ni las historias de otros perdedores que emergen en la novela –como ecos del conflicto privado principal– discurren por cauces obvios. *Formas de estar lejos* se construye desde la reticencia y la elipsis, la discontinuidad temporal, la variación de perspectivas y una estructura –de notable simetría– compuesta por breves capítulos que funcionan a veces como estampas en tiempo presente o pequeños relatos con sentido en sí mismos, cuya significación en el conjunto trasciende la anécdota narrada para elevarla a un plano simbólico o categórico. La narración se entrefera con la crónica y el relato de hechos con la sugerencia interpretativa.

Dividida en dos partes, un prólogo y un epílogo, la novela comienza haciendo oír, alternativamente, las voces de Alicia y Matty, que hablan de sí mismos, roto ya su matrimonio, en el momento de mayor caída y degradación. Con un tono sobrio y objetivo, describe Alicia cómo se encierra cada noche en su habitación después de atrancar las puertas y ventanas de la gran casa en la que ahora vive sola y temiendo oír un ruido especial «que espanta al sueño» porque denota la posible vigilancia de «él». Más allá del miedo, unas fotografías de su infancia la interpelan; le hacen cobrar conciencia de la profunda quiebra de su persona. La narración de Matty es muy distinta: autodefensiva y excusatoria. Ha sido acusado de violencia y recuerda la que él padeció –como sus hermanos y, sobre todo, su madre– por obra de un padre autoritario, «abusivo» y racista al que afirma no parecerse en absoluto, aunque

piense que, si hubiera pegado a Alicia, «habría tenido todos los motivos».

La novela recorre con sutileza el camino que ha llevado a esta situación evitando convertir a Matty en un monstruo o la victimización melodramática de Alicia. Saca a la luz *in crescendo* conductas más o menos perceptibles, más o menos condenables del placer en la desigualdad, el control que daña o el abuso de poder que arruina no sólo una relación. Matty tarda en revelar su conocimiento de la lengua española porque le gusta ver la vergüenza que siente Alicia al hablar inglés; monta en cólera tras leer su diario o cuando ella rechaza ser madre; un escarceo amoroso provoca brutales insultos y el puñetazo que se desvía de su rostro, agujerea la pared y queda así para que «recuerde lo que había hecho». Estos contundentes

episodios se completan con otros dos rasgos que enriquecen *Formas de estar lejos*. Por un lado, el valor metafórico y simbólico que adquieren espacios y objetos como proyecciones de la soledad, los temores de Alicia o el derribo de su relación con Matty. Por otro lado, la incorporación de otras historias de seres desarraigados o víctimas de abusos en el entorno de los campus de la universidad estadounidense. Se contextualiza y amplifica así un modo específico de violencia que explota el amor y los afectos jerarquizando a quienes los sienten. Y *Formas de estar lejos* cala muy hondo en la complejidad de esta dominación todavía poco representada en nuestra literatura. —CARMEN PEÑA ARDID.

Edurne Portela, *Formas de estar lejos*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019.

La buena novela de Yeisu

JOSÉ Giménez Corbatón es autor de alguno de los títulos indiscutibles de la narrativa aragonesa de los últimos treinta años. *La fábrica de huesos*, sobre la explotación en la sórdida Zaragoza de los cincuenta; los líricos y realistas cuentos de *El fragor del agua* ambientados en un Crespó que es territorio del éxodo y el abandono; las metaliterarias y apasionadas *Licantropía* o *Avalancha*; o esa novela de amor bueno que es *Nadadores indemnes*. Li-

bros que uno recomendaría a cualquiera en cualquier momento.

Siempre con mirada atenta a quienes tienen firmes convicciones éticas y anhelan una vida mejor, Giménez Corbatón es capaz de sorprendernos con cada nuevo título. Y no ha sido menos, acaso más que nunca, con *Los años de la alegría*, una novela —editada con cuidado por Prames— donde narra acontecimientos de la infancia y juventud de alguien que podría ser Jesús de Nazaret, ahí es nada el desafío.